

CUADERNILLO DE TEMAS FOLKLÓRICOS



REDACCIÓN

Daniel Antoniotti
José de Guardia de Ponté
Raúl Chuliver
Raúl Lavalle

Editor responsable: Raúl Lavalle
Dirección de correspondencia:
Paraguay 1327 3° G [1057] Buenos Aires, Argentina
tel. 4811-6998
raullavalle@fibertel.com.ar

n° 17 - 2017

**Publicación auspiciada por la Academia del Folklore de Salta
Este número tiene escritos sobre Catamarca**

ÍNDICE

Presentación	p. 3
Raúl Chuliver. <i>Catamarca: camino y leyendas del folklore</i>	p. 4
Ángel Ricardo Carrizo. <i>El patrimonio cultural folklórico de Catamarca</i>	p. 12
Raúl Lavalle. <i>Paseos catamarqueños</i>	p. 16
Raúl Lavalle. <i>Dos “himnos” catamarqueños de Polo Giménez</i>	p. 26
Minucias folklóricas	p.

PRESENTACIÓN

Cuando vino a mi mente la idea de una publicación en Red sobre temas folklóricos, busqué apoyo en mi amigo Daniel Antoniotti, de la Academia Porteña del Lunfardo, pero también muy amante de la cultura nativa, además de gran bibliófilo y reconocido escritor. Y se corporizó entonces la idea, que esperamos dé lugar a estudios, poemas, cuentos, reseñas; en suma, *varia*. Escribirán quizás escritores consagrados y también personas no muy conocidas, incluso alumnos. Pero todos tendrán en común el amor por la tierra.

Ruego a los lectores no me pidan que defina *folclore* (o *folklore*, como prefieren muchos), tarea superior a mis fuerzas. En todo caso los temas de nuestro *Cuadernillo* irán desde la rigurosa investigación científica y de campo hasta el folklore de los artistas. El ámbito será argentino, aunque alguna vez se extenderá a otras tierras hispanoamericanas y a otras modalidades (por ejemplo el tango). Cada colaborador usará sus propias normas en cuanto al modo de citar y de dar, en fin, formalidad a su aporte.

Los invito entonces, queridos amigos, a leer este pequeño esfuerzo de un simple “aficionado”, de alguien que tiene afecto. Agradezco especialísimamente a la Dra. Olga Fernández Latour de Botas, de la Academia Argentina de Letras, por haberme alentado en este paso, que doy no sin temores.

R.L.

CATAMARCA: CAMINO Y LEYENDAS DEL FOLKLORE

RAÚL CHULIVER

Esta provincia fue hábitat, antes de la conquista, de los juries, que tenían buena relación con los del valle, los polcos, obantas, collangastas y los de Antofagasta, todos ellos agricultores. Los de arriba eran cazadores y tejedores. Pero la zona de real cultura indígena es la del oeste, recostada sobre los farallones de la cordillera.

Toda esta región está marcada por antiguales (yacimientos ruinosos de antiguas construcciones), en los que aún hoy pueden hallarse restos de alfarería y algunos utensilios de piedra o de metal. Andar por Catamarca es andar un poco de historia y un mucho de emociones frente a la belleza natural.

Con el poncho de vicuña o de alpaca al hombro, la damajuana de vino tinogasteño o pomanisto, el frasco de aguardiente de Valle Viejo y en las alforjas una buena provisión de dulces y tortas de turrón, a más de la jalea y los arropes, bajan los lugareños de los cerros al llano. Esas tierras catamarqueñas, donde veneran a la Virgen del Valle, o la Morenita como también le llaman, la tierra de Fray Mamerto Esquiú o la del gran músico Polo Jiménez, creador de la famosa zamba *Paisaje de Catamarca*, la de Juan Alfonso Carrizo, notable investigador y recopilador folklórico.

Londres fue la primera población fundada por los españoles. Hoy cuenta con dos plazas muy pintorescas. Recorrimos lugares donde quizás haya caminado Adán Quiroga, Juan Alfonso Carrizo, Samuel Alejandro Lafone Quevedo.

A unos 5 km se encuentran las Ruinas del Shincal, importante centro arqueológico (que hemos recorrido en su totalidad) habitado por las culturas incas en los siglos XV y XVI. Actualmente se celebra aquí el Inti Raymi –La Fiesta del Sol– el 21 de junio, y es una celebración de los pueblos originarios. El Inti Raymi, que en el calendario quechua-aimará marca el inicio del año nuevo, coincide con la noche más larga (solsticio de invierno).

Esa noche se ruega y hacen ofrendas para que el nuevo ciclo pueda comenzar, se calienta a la Pachamama (madre tierra) para ayudarla y llamar a Inti, el antiguo padre del mundo. Se recibe el año nuevo con bailes, comidas y bebidas, bandas, músicos toda la noche. Al amanecer, cuando las fogatas dejan paso al Inti, todos se vuelven a él, y reciben sus rayos con los brazos extendidos.



Raúl Chuliver, autor de este artículo,
en las Ruinas del Shincal

En el corazón de las tierras diaguitas vio la luz la ciudad a la que bautizaron Londres como un homenaje a María Tudor, reina de Inglaterra, casada con Felipe II de España. El área próxima a la ciudad fue llamada Nueva Inglaterra. Londres estaba situado a orillas del río Quimivil, cerca de la actual Belén, probablemente en el mismo lugar donde se levanta la población que lleva ese nombre. Su creación respondió a un plan bien elaborado, ya que la ciudad debía auxiliar a los pueblos cercanos, en caso de ataque de los indios, y constituir un centro de aprovisionamiento en el intercambio comercial.

En la nueva ciudad se instalaron apenas una veintena de españoles, pero se les concedieron en encomienda nada menos que 12000 indígenas. Juan Pérez de Zurita intentó una política de pacificación con los diaguitas, pero en 1561 fue reemplazado por un nuevo gobernador llamado Gregorio de Castañeda, hombre sumamente autoritario y violento. Su desprecio y maltrato provocaron una rebelión generalizada de los indígenas, que terminaron arrasando Londres y otras ciudades cercanas.

En 1607, la ciudad fue refundada, pero un cuarto de siglo más tarde se produjo otro gran alzamiento indígena, que obligó a un nuevo traslado, esta vez a la zona de Pomán. Sin embargo la mala suerte acompañaba a Londres: muy pronto su población quedó reducida a un español y seis indios. Finalmente hacia 1683 volvió a trasladarse. Hoy está trazada a lo largo de la Ruta 40.

Tiene dos centros que agrupan a la población en torno a sendas plazas con sus iglesias. Hoy hay un gran cultivo de nogal, esta es su principal actividad económica. A tal punto que en el mes de febrero se realiza la Fiesta Provincial de la Nuez. En el 2014 se realizó la 30ª edición y estuvieron Horacio Banegas, Los Hermanos Miranda y Los Changos, entre otros.

En Belén, pueblito tranquilo, apacible, en casi todas las casas hay un telar donde la mujer, y a veces toda la familia, trabaja en la confección de los inigualables ponchos de vicuña, de los puyos (manta gruesa) de llama, de las mantas de alpaca. En esta zona se encuentran, según me decían los lugareños, las mejores teleras. La lana es previamente hilada en el hueso de hilar.

Hay dos momentos en el proceso del hilado: lana en proceso del hilo con cadejo en el extremo y, en el otro, con hilo en proceso de torsión, el movimiento que se imprime al uso para hacerlo girar se denomina “tincar”. Pudimos observar una artística colcha de lana de oveja, bordada luego en bastidor de madera y terminada en reja. El muchacho ovillador; a la izquierda, el flequero, para realizar el fleco de las prendas. Este arte autóctono ha caracterizado a las belenistas como las hadas hilanderas de reconocida fama. Así es que Manuel José Castilla escribe, con música de Eduardo Falú, *Tejedora Belenista*, hermosa zamba que tengo el gusto de interpretar.¹ Uno de sus versos dice:

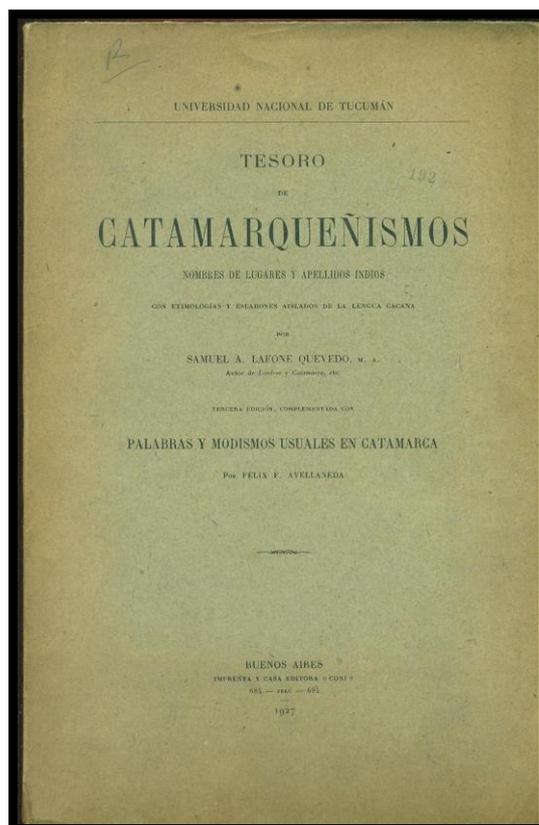
Tejedora belenista, telar en flor
hila con hilo de luna
la pena con la canción.
Agüita de olvido bebo de tus labios,
ardido en el fuego de mi corazón.

Otra cuestión importante en este poblado es que a estas tierras las recorrió Samuel Alejandro Lafone Quevedo (1835-1920). Con su padre y un amigo llega a Andalgala en 1859. Visitaron las minas de cobre que el padre poseía en ese departamento. Se dedicó a conocer las costumbres de los habitantes de esta provincia y se interesó en el conocimiento de las lenguas aborígenes y el estudio de la lingüística, de la arqueología y del folklore de esa tierra. Entre 1883 y 1885 publica en *La Nación* cartas en las cuales trata la historia y costumbres de hombres del lugar. En 1888, ya compiladas en forma de libro, se editan con el título de *Londres y Catamarca*.

¹ Raúl Chuliver, además de estudioso del folklore, es cantor y concertista de guitarra.
[Nota de la Redacción]

En su prólogo, Lafone Quevedo usa por primera vez en la Argentina la palabra *folklore*. Así resaltó el carácter folklórico de su obra; escribió un apéndice consagrado al Chiqui: es el padre de los sacrificios, el dios del infortunio. También expresó, entre otros conceptos, su intención de rescatar todo cuanto se relacionara con los usos y costumbres del folklore y tradiciones que van desapareciendo. El libro contiene capítulos que reseñan la conquista y la evangelización de esas comarcas, descripciones geográficas y datos concernientes a materiales y yacimientos arqueológicos. Por ejemplo, en una de sus *Cartas* se refiere a los restos de pircas indígenas en un lugar llamado La Puntilla, (lugar que visité); se encuentra a unos 10 km de Londres, y a unos 5 km de Belén.

Lafone Quevedo era un hombre visionario, que supo valerse de todos los recursos de esta tierra. Para su vocación científica, la gran riqueza antropológica fue su filón de oro. Para sus otras vocaciones, más pragmáticas, la minería y la vinatería fueron sus otros intereses. Escribió también *Tesoros de catamarqueñismos*.



Juan Alfonso Carrizo publicó en 1926 el *Cancionero Popular de Catamarca*, que contiene 156 romances y canciones (la mayor parte décimas) y 1477 coplas, además de rimas infantiles. Recorría esta provincia recogiendo los saberes del pueblo, contenidos en relatos y versos que el espigador anotaba con fruición inenarrable. Ese era su trabajo y la importancia de la cultura popular manifestada en cuentos, adivinanzas, coplas, relaciones, leyendas, casos y otras manifestaciones de la literatura oral que los viejos cuentan a los chicos y no hay que dejar que se olviden.

“La flor del cardón” es una de las leyendas hermosas de estas tierras. Según se cuenta, un nativo se enamoró de la bella hija de un cacique, pero el padre se oponía a tal pretendiente; con lo cual el joven, en una noche de luna, raptó a la indiecita, ante la negativa fuerte del jefe de la tribu. Al conocerse la novedad, fueron perseguidos por las huestes guerreras corriendo toda la noche hasta aclarar el día. En esa ocasión, al llegar al lugar de cardones, el camino se estrechó y las espinas lastimaron a los enamorados, cuya sangre quedó en los cuerpos gigantescos de los punzantes vegetales. Por suerte lograron salvar la situación, la pareja se alejó para siempre. De esta historia se cuenta que la sangre de la cabalgadura y jinetes se prendió aquel día de las espinas y, al amanecer, se encontraron las flores blancas que anunciarían por siempre la proximidad de lluvias y tiempos de cosecha.

Manuel Acosta Villafañe, trovador de los valles catamarqueños, seguirá serenando en esas noches vallistas, en la voz de los changos de su tierra, que siguen cantando sus canciones por hoy y siempre... Su vidala *La Flor del Cardón* seguirá en voz de los viejos y nuevos cantores.

Vine del cerro trujiendo una flor,
Virgen del Valle la truje pa' vos.
Pa' que aliviés mi dolor,
l'hai de poner en tu altar,
la flor del cardón, la flor del cardón.

Otras famosas zambas son *Noches de Catamarca* y ¡Adiós Catamarca, adiós!

¡Adiós, Catamarca, adiós!
¿Quién sabe hasta cuándo será?
¡Adiós, mi cerro el Ambato;
adiós, Valle Viejo, adiós, Capayán!

El manto verde se disipa tímidamente a un costado de la ruta, en un inesperado claro de la sierra de Ambato que expone, a cielo abierto, los cimientos del Pueblo Perdido de la Quebrada. De la serie de excavaciones realizadas desde 1990 por científicos de la Universidad Nacional de Catamarca, salieron a la luz restos de cuarenta recintos, diseñados alrededor de una plaza. Es uno de los inestimables legados de la originaria cultura aguada, desarrollada aquí entre los siglos III y V. Las huellas de la antigua ciudadela permanecen en un sector semiárido, abrigado por arbustos y centenarios cardones de más de 10 metros de altura. Unos metros abajo del sitio arqueológico –al que se sube por un sendero de piedras–, el Centro de Interpretación revela la habilidad de los artesanos prehispánicos para fabricar objetos de alfarería, hilar, tejer con lana de vicuña y llama, tatuar sus cuerpos y producir metales. El yacimiento data de unos 1800 años de antigüedad. En la foto se puede ver el recinto de las habitaciones, sus muros de piedra sin argamasa.



El autor, en un sector del yacimiento

Desde Catamarca capital llegué a los valles del Ambato, una región semidesértica. Por eso lo primero que me impresionó fue el paisaje –increíblemente verde e imponente–, que crea una relación intimista con uno. Del repertorio musical, descubrí que *Zamba del Ambato* describe al detalle este lugar y sus piezas infaltables, desde los cardones hasta los cerros y los bosques de pinos. Aquí aparecen en toda su dimensión los mil distintos tonos de verde de la zamba *Paisaje de Catamarca*, de Polo Giménez.

De la *Zamba de Ambato*, que tiene música de Delia Cazenave y letra de Jorge Vera:

Nube que vas pasando
como ala 'e cóndor
sobre el Ambato,
yo te estaba esperando,
nube viajera,
desde hace rato.

Cuenta la leyenda que un fiambaleño, muy religioso, viajaba por territorio boliviano y un día entró en una iglesia a orar. Le llamó la atención la imagen de San Pedro que se hallaba en el altar. Quedose prendado de ella y trató de comprarla al sacerdote que estaba en el templo. Decía:

–“Vea, padrecito desde esta mañana qui antrao por primera vez a la iglesia y quedao prendao de San Pedro y yo estoy seguro que el santito también de mí.”

El Padre le dice: –“Eso pasa en todas las almas buenas.”

–Mire padrecito el caso que yo me lo quiero llevar al santito.”

–“Eso no es posible, señor.”

–“Pero Padre, yo lo compro, yo sé que San Pedro quiere venir conmigo.”

–“No es posible, señor.”

–“Padrecito, Él me ha dicho, cuando lo miraba, que yo lo llevara.”

–“Él, lo que le ha dicho, es que lo llevara en su corazón de creyente.”

El fiambaleño se alejó cabizbajo y se encaminó a donde se hospedaba, siempre pensando en el Santo. En la noche soñó que le hablaba. Le decía que fuera a medianoche al templo, que encontraría las puertas abiertas, que dejara una cantidad de dinero y se la llevara. Al otro día el fiambaleño decidió ir a la medianoche. Las puertas estaban abiertas. Entró, dejó el dinero y se llevó al Santo. Regreso a su hotel y se regresó a sus tierras.

Al día siguiente el cura llegó temprano y se encontró que el santo no estaba. Fueron a buscar al fiambaleño, pero no estaba. Los guardias lo persiguieron, le dieron alcance, lo registraron todo, le desparramaron la ropa... ¡y nada! El santo se había hecho invisible. Los guardias lo dejaron ir tranquilo. El fiambaleño, dueño del santo y deseoso de saber dónde quería quedarse San Pedro, rogaba en sus rezos que en alguna forma se lo hiciera saber.

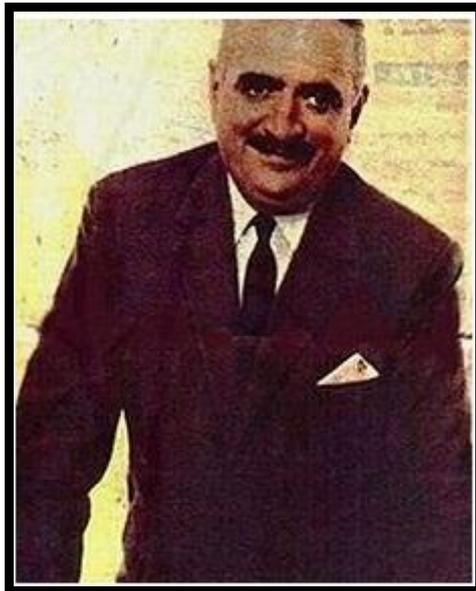
Así en un momento el animal tropezó y la imagen se cayó al suelo. Al querer levantar la imagen, no pudo, pues pesaba muchísimo. Así

interpretó que ese era el lugar elegido por el santo para quedarse. Y allí se construyó el templo por 1770. La fiesta de San Pedro tiene lugar el 29 de junio.

Terminemos nuestro paseo con *Vaya pa'que sepa*, de Polo Giménez:

¡Qué linda es la tierra mía,
qué azul y claro su cielo,
qué linda es la agüita que canta en la acequia
coplas que al paso va recogiendo!
Vaya a Catamarca y sabrá lo que es lindo
y verá que yo no le miento:
vaya pa'que sepa.

RAÚL CHULIVER



Polo Giménez

EL PATRIMONIO CULTURAL FOLKLÓRICO DE CATAMARCA

ÁNGEL RICARDO CARRIZO¹

Catamarca es dueña de un rico patrimonio folklórico proveniente de sus ancestros. Con el correr del tiempo muchas canciones y danzas pasaron al olvido. Pero merced a la creación de entidades públicas y privadas, que se dedicaron al rescate y a formar gente capacitada, también a la incorporación de su enseñanza en actos escolares, conmemoraciones, festivales, han resurgido, recuperando de esta forma, parte de nuestro patrimonio musical, coreográfico, folklórico.



Integran también el mismo coplas, leyendas, romances, costumbres, la espiritualidad y la religiosidad. Seguramente, ese afán de los catamarqueños de difundir todas sus realizaciones es herencia de siglos de cultura indígena, de la que aprendieron a reverenciar la tierra. Catamarca y su patrimonio folklórico exhiben con orgullo la realización del Gran Festival Folklórico, primero realizado en suelo Argentino. Duró 11 días, desde el 1 al 11 de agosto del año 1657, en Londres de Pomán, donde el Gobernador del Tucumán, Don Alonso de Mercado y Villacorta, organizó el evento para deslumbrar a Pedro Bohórquez.

¹ El autor es Director de la sección Catamarca del COFFAR, Consejo Federal del Folklore de Argentina.

Teatro, lidios de toros, carreras de sortija, competencias de destreza, comedias, saraos españoles, zapateados, canto flamenco, poesías, bailes multitudinarios, canto y danzas. Pero Catamarca a través de los siglos siguió avanzando culturalmente, lo que produjo el gran despegue antes del años 1930, con la aparición de jóvenes cultores, los que fueron favorecidos por su mirada aguda y una exquisita sensibilidad. Manuel Acosta Villafañe, junto a su hermano Carlos, ambos de Santa María, y junto a un grupo de cantores y guitarreros, se trasladó a Buenos Aires. Fueron portadores de canciones, comidas típicas, vestimenta, costumbres, el sentir catamarqueño.

Siguieron Juan Alfonso Carrizo y Polo Giménez, quienes supieron recrear la belleza natural de la provincia en magníficos versos hechos canción. Con estos tesoros salieron a recorrer lejanas latitudes. Por esa fuente de primera mano, el paisaje de montañas, valles, huellas precolombinas se proyectó más allá de los límites provinciales y agitó la curiosidad por descubrir la mentada tierra teñida de “mil distintos tonos de verde”. La obra de estos artistas allana el camino del descubrimiento, antes de pisar suelo catamarqueño. Continuaron con esta obra Margarita Palacios, Selva Gigena, Atuto Mercau Soria, Los Arrieros de Valle Viejo, Los de Catamarca, Naco Rueda, Carlos Martínez, Carlos Brizuela, Carlos Bazán, entre otros.

Entre los tesoros de nuestro patrimonio, podemos mencionar: *Paisaje de Catamarca*, *Cantale chango a mi tierra*, *Noches de Catamarca*, *Del tiempo 'i mama*, *Volvamos pa Catamarca*, *Zamba de las Juntas*, *Catamarca me conoce* y *La flor del cardón*, vidala que fue interpretada en el Teatro Colón.



El interior provincial también cuenta con autores destacados: Ramón Antonio Gringo Sierralta, Lito Reinoso, Don Corazón Seco, en Tinogasta. El Rubio Herrera, de Belén, El Indio Uribio, en Andalgalá; que nos legaron temas como, *La Belicha*, *Llevame p'Andalgalá*, *La Tinogasteña*, *Recuerdo de mis valles*, y tantos clásicos de nuestro cancionero.

Las danzas también ocupan un importante lugar: el escondido catamarqueño, la tirana, gatito catamarqueño, el suri, la taba, la danza de los usos, entre otras.

En nuestra provincia contamos con numerosos festivales folklóricos. En la Ciudad Capital, La Fiesta Nacional e Internacional del Poncho, el más importante de la época invernal a nivel país, ubicándose luego de Cosquín y Jesús María. Xada uno de los 16 Departamentos que componen nuestra provincia, cuenta con festivales.

En Tinogasta, la Fiesta de la Vendimia. Festival del Viñatero, en El Puesto. Festival del Comino, en Salado. Festival de la Candelaria, en Copacabana. Festival del Olivo, en Anillaco, y otros más. En Fiambalá, Festival Camino Hacia un Nuevo Sol. En Andalgalá, Festival del Fuerte. En Santa María, La Reina del Yokavil. En Pomán, Festival de San Sebastián. En Chumbicha, Festival de la Mandarina. En Recreo, Festival del Cabrito. Y numerosos eventos más.



Dentro del rico patrimonio contamos con los dioses catamarqueños, la cultura popular, la ciencia del folklore, las comidas y bebidas tradicionales.

Catamarca posee particularismos que la definen culturalmente. Está signada por una fuerte herencia aborigen que se conjuga con el pasado colonial, para conformar la rica tradición local, base de su patrimonio.

ÁNGEL RICARDO CARRIZO



El profesor Ángel Ricardo Carrizo

PASEOS CATAMARQUEÑOS

RAÚL LAVALLE

El título de este escrito puede crear confusión, porque no recorrí toda Catamarca. Como voy sin auto, puedo moverme en colectivos o con alguna excursión, pero no es frecuente que me aleje mucho de las ciudades capitales, en un país tan grande. Aclaro también que, si bien asociamos a Catamarca sobre todo con el folklore, mis otras aficiones me “obligan” a mencionar otros aspectos.



En la puerta de un antiguo colegio, sobre la peatonal Rivadavia, encontramos esta pequeña obra metálica de arte, dedicada a la música ciudadana. No está mal, si pensamos en folklore, porque el tango es folklore urbano. Pero también, a unas seis cuadras de allí, hay otro lugar con sabor a tango. Al menos para mí, pues veo una pequeña diagonal. Mi terruño de baldosas hace propios estos versos de Héctor Méndez, musicados por Aníbal Troilo en *Yo soy del '30*: “Yo soy un cacho de Buenos Aires / hecho a cortada y Diagonal.”



En la foto de arriba puedes ver, amigo lector, esa cortada bajo el cielo azul. Caminé hasta el fondo de la misma y me encontré con un suerte de bien blanqueado (en realidad, de celeste) “conventillo.”



Por otro lado, mi visita al campanario de la Basílica de la Virgen del Valle me hizo acordar de Discépolo y su *Carillón de la Merced*, inspirado en el son de las campanas de la Merced de Santiago de Chile.

Pero en cualquier lugar siempre vamos a encontrar a Grecia y a Roma eternas, incluso en esta tierra de folklore y tradiciones muy distintas. La huella del mundo clásico ya se sabe que la vemos en la arquitectura y en todas las artes y ciencias, pero me permito llamar la atención sobre pequñeces, como cierto establecimiento de hospedaje llamado “Urbanus / Suites.” Si bien la segunda palabra es francesa, también romana, porque se relaciona con el verbo *sequor*, ‘seguir.’ Pero más seguido, valga la redundancia, vemos farmacias “latinas”, porque una cadena catamarqueña se llama Minerva, cuyo logo muestro.



Por otra parte sabemos que la Virgen del Valle es la patrona y también un ícono de la provincia. El Museo de la Virgen del Valle alberga, en ese sentido, una importante colección de cosas relacionadas con Ella, con su santuario, con su culto. Pero su edificio antes era el obispado de la ciudad. Dichas sedes suelen ser señoriales, lo cual también se da aquí. Entonces no nos llama la atención encontrar en el interior finas piezas de arte profano, como las de un escultor italiano apellidado Cipriani; supongo que se trata de Adolfo Cipriani (*ob.* 1930), cuyas obras se hallan en varias partes del mundo. En nuestro Museo hay un mármol llamado *Sansone e Dalila* y una pequeña escultura de Alejandro Magno. Puedes verla abajo, querido lector, en mi foto. No he encontrado otra imagen en la Red.



Me demoro todavía un poco más en ir al folklore, porque mi visión literaria gusta de detenerse en balcones y en imaginar que bellas amadas se encuentran en ellos. Entonces, he aquí un balcón catamarqueño, aunque sin señorita en él.



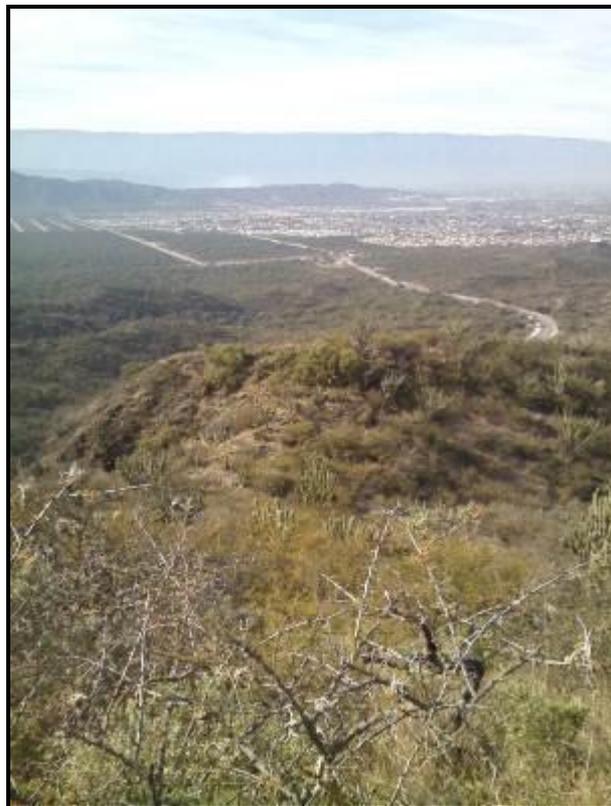
Pero ahora una pasadita por la historia, pues mi visita fue durante el mes de julio, justo el año del Bicentenario. La ciudad adhirió, entre otras cosas, con una pared de la Casa de Tucumán, como se ve en la foto que obtuve, gracias a la Red, de un diario local.



Las anteriores fueron pequeñas muestras de la importante cultura general catamarqueña. Mas sin duda muchos asociamos a nuestra querida provincia con los paisajes y con el folklore. Intentaremos dar algunos bocadillos de ambas cosas.



La legislatura catamarqueña tiene, en un parque a su entrada, una peculiar estatua de Felipe Varela, hecha con desechos metálicos. No entraré en temas históricos y políticos, pero sí puedo recordar la importancia que ha tenido este personaje en el folklore. El carácter ecuestre y brioso de la obra imprime vivacidad, lo cual cuadra muy bien con aquello de: “porque Felipe Varela / matando llega y se va.” Sobre el “matando”, el profesor Ángel Carrizo me explica que hay otra interpretación: vale decir, ‘a toda velocidad’, no necesariamente con intención de asesinar. En fin, Varela y Taboada protagonizaron la batalla de Pozo de Vargas, pero Polo Giménez ensalzó de modo magistral, en *Paisaje de Catamarca*, un lugar muy bello. Mi foto no le hace justicia, pero recomendamos la visita:



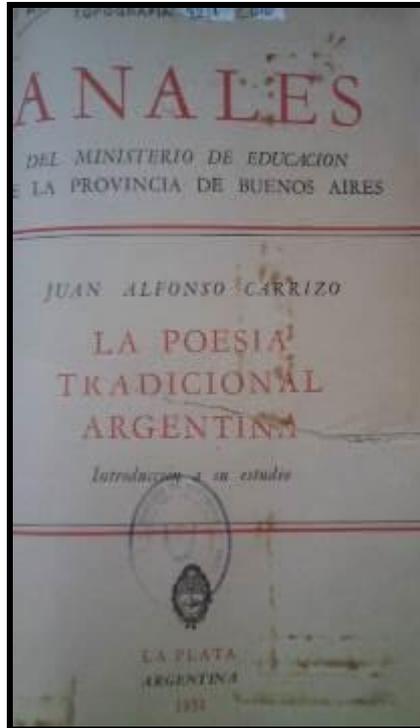
Desde la Cuesta del Portezuelo
mirando abajo parece un sueño;
un pueblito aquí, otro más allá
y un camino largo que baja y se pierde.

Si bien mi foto es mala, se ven algunos de los mil colores del paisaje; también, un espino, que nos recuerda que nada es fácil; un camino que parece un río: los confundo, porque ambas cosas, en su eterno pasar, nos recuerdan cuán breve es el tiempo aquí.

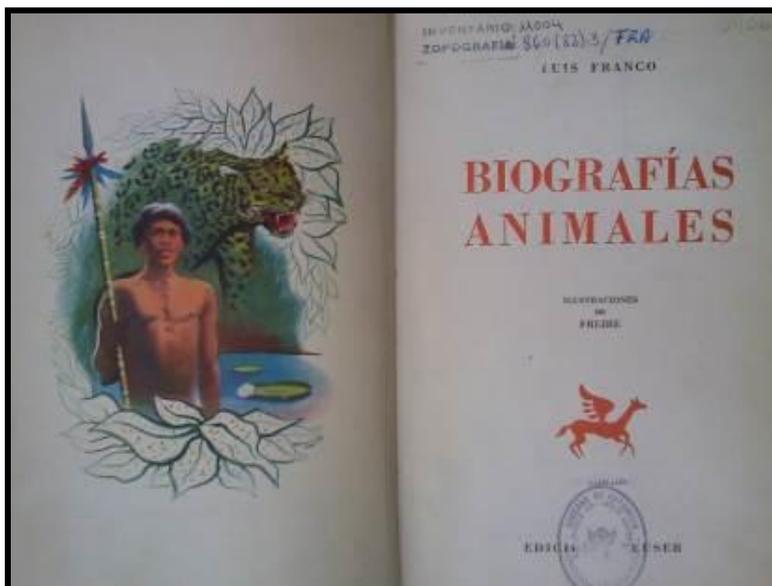
Intento –decía– escribir sobre cosas folklóricas y sobre paisajes. Pero me arrepiento, porque tal tarea es titánica. Hay cerros y valles maravillosos que nos hacen revivir las bellas canciones de nuestro acervo. En ellas se habla de majaditas de ovejas y de cabras, que no son tan fáciles de ver cerca de la capital. No obstante tuve suerte y apareció un rebaño de negros cabritos en las sierras que rodean la gruta de la Virgen del Valle. Pero allí había otro animalito, el que ves en la foto de abajo, querido amigo.



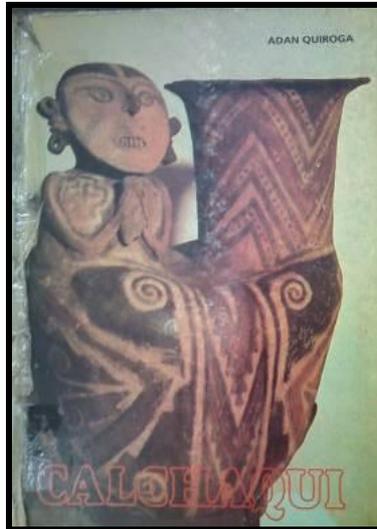
Esta formación pétre, que llaman “La Tortuga”, es hermosa y a la vez notable, pues se asemeja mucho a la realidad. Además, está a la altura del suelo, no arriba de una montaña: se la puede tocar, aunque mi veneración casi religiosa por los bienes culturales me lo impide. Verás también, amigo lector, que tiene “dibujada” la boca. No fue un inspirado artista anónimo, sino que unos honguitos metieron la pincelada. No es entonces naturaleza y arte, sino natura y natura. Pero ya se están alargando estos paseos y es hora de retornar a San Fernando, a la Biblioteca Provincial Julio Herrera. Sobre el Dr. Herrera y su actuación se pude decir mucho, pero no lo haré yo. La tarea debe quedar a personas competentes. En todo caso, la biblioteca que lleva su nombre es un ámbito especialmente grato. Fui muy bien atendido por la señora Genoveva Saravia y por un señor cuyos nombre no recuerdo (cometí la torpeza de no anotarlo). Mas este imperdonable olvido mío no opaca la importancia de la tarea que silenciosamente llevan a cabo.



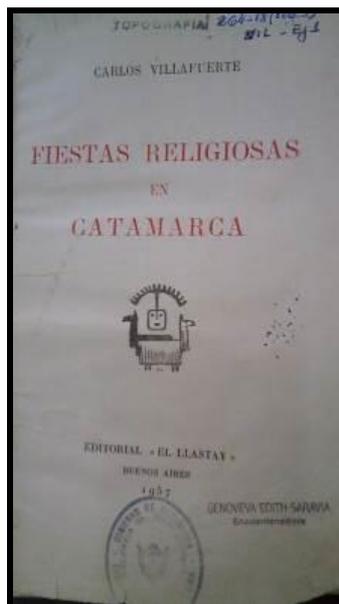
Sin duda debo sacarme el sombrero ante Juan Alfonso Carrizo, uno de los padres de nuestro folklore. También ante Luis Franco, una suerte de Hesíodo argentino, quien no solo unía en sus letras el mundo clásico y el suelo nativo, sino también en su *modus vivendi*, pues él mismo cultivaba la justísima tierra.



¿Y qué puedo decir sobre Adán Quiroga, sanjuanino que vivió mucho tiempo en Catamarca? Este Leonardo de nuestras tierras se desempeñó en muy diversas actividades, aunque aquí destaco más las de escritor, arqueólogo y estudioso del folklore.



Y como último ejemplo de la gran cultura de la provincia pongo a Carlos Villafuerte, un narrador que sintió con profundidad su tierra, pero la expresó de un modo literario muy purista. *La jaula vacía* es, para mí, una de las mejores colecciones de relatos costumbristas.



Llegado al final, debo admitir que es cierto lo que se dice acerca de la necesidad de recorrer en auto nuestra Argentina, pues las distancias son oceánicas y no hay transporte comunitario para todo rincón. No obstante, para quien no conduce fuera de los ámbitos conocidos (tal, mi caso), en Catamarca y cercanías hay muchos paseos que se pueden hacer con colectivos de línea y con bastante de caminata junto a los cerros. Quiera Dios que estas líneas muevan a alguien a visitar esta tierra de folklore y gran cultura.

RAÚL LAVALLE



DOS “HIMNOS” CATAMARQUEÑOS DE POLO GIMÉNEZ

RAÚL LAVALLE

No digo nada nuevo, si afirmo que Catamarca es una provincia riquísima en las varias formas de folklore. En este breve espacio nada más me limitaré a dar mi humilde sentir sobre dos de sus canciones más famosas. Empiezo con *Paisaje de Catamarca*, de Polo Giménez.

Desde la Cuesta del Portezuelo,
mirando abajo parece un sueño:
un pueblito aquí, otro más allá
y un camino largo que baja y se pierde.
Hay un ranchito sembrado de higueras
y bajo un tala durmiendo un perro.
Y, al atardecer, cuando baja el sol,
una majadita volviendo del cerro.

Paisaje de Catamarca
con mil distintos tonos de verde:
un pueblito aquí, otro más allá
y un camino largo que baja y se pierde.

Con una escoba de pichanilla
una chinita barriendo un patio.
Y sobre el nogal, centenario ya,
se oye un chalchalero que ensaya su canto.
Y ahí, en la Villa del Portezuelo,
con sus costumbres tan provincianas:
el cañizo aquí, el tabaco allá
y en las sogas cuelgan quesillos de cabra.

Para quien vive en el llano –es mi caso– un raro placer es contemplar sierras y montes. Pues bien, la Cuesta del Portezuelo es un lugar privilegiado, pues es verdad que se ven desde lo alto pueblitos y caminos. Si a esto sumamos la belleza del entorno, realmente “parece un sueño.” Es decir, nos sumergimos en una contemplación que no es capaz de dar una rápida visita turística, con fotos y esas cosas. Sabedor de ello, me senté con mi mate cocido y unos biscochos a gozar de esa visión maravillosa, que invitaba al sueño, parafraseando la oda de Horacio.

Huelgan las palabras, si deseo referirme a la segunda estrofa, un cuadro perfecto de un rancho provinciano; solo que estas higueras no son como la del Evangelio. Más aún, acepto la invitación del poeta y me siento sobre un tronco. Y otra vez mi mate cocido, unos pancitos con un riquísimo dulce casero de higo, quesillo... y el perrito se levanta y viene a saludarme. Y, más tarde las cabritas saltarinas (“lascivas”, podría haber dicho un poeta latino) me aceptan gustosas un manojito de yuyos que les ofrezco feliz.

Pero, después de admirar una vez más la vista desde lo alto, bajo para visitar la Villa del Portezuelo. Y otra vez me encuentro con una entrañable pintura. Así como –pido el perdón debido a las innumerables omisiones ejemplares– Santiago Paredes pintó a su querido San Juan, como Cecilia Revol Núñez a su Salta, Polo Giménez, con el pincel de su pluma, da pábulo a nuestra imaginación pictórica: tabaco, quesillos colgantes, escoba de pichana, árboles y pájaros. Lo cual inspira a mi tenue musa, para decirle a la chinita:

Deja esa escoba, mi bien,
y déjame que te mire:
mis ojos se vuelven locos,
contemplarte es lo que piden.

El otro himno, según mi opinión, es *Del tiempo 'i mama*, también de Polo Giménez:

El viejo patio que da al callejón,
la galería, el aljibe, el rosal,
la pajarera, la hamaca, el malvón
me llevan siempre en el recuerdo a mi pago i' Pomán.
Veo a mi tata contento y feliz,
pitando un chala y meta matear,
mientras mi mama, dele trajinar,
secando va sus santas manos en el delantal.

Qué tiempo feliz el de la niñez,
¡velay, yo no sé para qué pasará!
Palabrita i' Dios que dan gana i' llorar
de sólo pensar que no volverá.
Vieja casita del pago i' Pomán,
porque sos parte de mi vida te quiero cantar.

Veo la cuja, el brasero, el telar,
la paila i'cobre, el huso de hilar,
y en la batea, con puyos tapado,
está leudando el amasijo para hacer el pan.
Me veo chango en el patio jugar
y al caschi moto mirarme y torear;
oigo a mi mama, fregando la olla
para hacer el guaschalocro, cantar y cantar.

Si *Paisaje de Catamarca* decíamos que nos ofrecía una como galería pictórica, vemos aquí –me imagino– un lienzo grande, con muchas de las cosas amadas por los peregrinos de la gran ciudad, que buscamos la paz en el pago chico. Ante tantas bellas pinceladas, acepto nuevamente el llamado del autor. En efecto se veía chango y volvía a su niñez. También yo, igual que él, pienso en mi madre y en su patio y sus macetas. Y me viene también a la memoria mi tío Domingo, gran amante de los pájaros, que iba seguido a la feria de Pompeya y tenía un patio con decenas de volátiles del cielo, de nuestro país y de América. Hay quien dirá –quizás también yo– que es mejor que vuelen libres y no dentro de pajareras. En todo caso dicho encierro era fruto del amor, no de querer dañar.



el aljibe de mi casa

Y suspendo lo que hago y voy a la planta baja, al fondo del largo pasillo (vivo en un edificio de departamentos que casi nació con el siglo) y me pongo a dar vueltas alrededor del viejísimo aljibe del viejo jardín. Y me viene el deseo de escribir:

Agüita clara que estabas
en el fondo de este pozo,
apoyado en el brocal
me veo muy triste y lloro.
Pero vos, agüita clara,
das consuelo al que está solo.

De un personaje de historieta se decía que era “el hombre que no tuvo infancia.” Pues bien, al contrario, el poeta renueva con gran alegría su pago y su solar nativo; más aún, destaca la figura de esa mama hacendosa. Pero, como siempre digo, la poesía y el canto tienen la ventaja de poder revivir lo bueno. Es verdad que “dan gana ‘i llorar”, pero el recuerdo bien vale una canción como esta, llena de costumbres y de palabras regionales. Me permito entonces la osadía de escribir versos:

Muchas veces disfruté
andando por varias tierras:
conocí hombres muy sabios
y tradiciones muy viejas.
Mas, mi bella Catamarca,
recuerdo esa Luna llena
alumbrándome en la plaza,
muy oronda y paseandera.

Recorriendo tus paisajes
y conociendo tus gentes,
leí como en libro abierto
los tesoros de tú ofreces.
Permíteme, tierra buena,
que me sienta para siempre:
un hijo de tus entrañas...
mi pluma no lo merece.

Si de méritos se trata,
muy poco es lo que yo puedo,
pero el cariño remedie
lo que no pueden mis versos:

catamarqueño seré,
al menos en el deseo;
que tus bellezas inspiren
a poetas verdaderos;
yo pasaré como el río,
sus cantos serán eternos.

Y pido perdón por una última cosa: hay varias versiones muy buenas de estos dos “himnos” catamarqueños pero, de todas ellas, elijo la de Tomás Campos. Sirvan estas líneas también para recordarlo.

RAÚL LAVALLE



MINUCIAS FOLKLÓRICAS

Un momento catamarqueño en Buenos Aires

Días pasados me topé con el profesor Ángel Ricardo Carrizo, catamarqueño de Tinogasta y activísimo difusor del folklore. Andaba él unos días por Buenos Aires y caminaba por Florida. Lo reconocí inmediatamente y me acerqué, como compañeros que habíamos sido de varios encuentros folklóricos en Salta. Como estábamos a pasitos de la Richmond, lo invité a tomar algo allí. Tal vez pienses que estoy mal, querido lector, pues la antigua confitería ya no existe: en su lugar hay una casa de deportes. No obstante, dejaron un tenue recuerdo de la pasada grandeza, pues, entre camisetas y pantalones de gimnasia quedaron unas pocas mesas y un mostrador.



¿Qué tiene de catamarqueño? Nada... y bastante, pues el Chango Acosta Villafañe, autor, entre otros temas, de *Noches de Catamarca*, solía ir allí. Nos sentamos y pedimos té. Con autorización de la señorita que nos atendía, eché en las tazas un poco de burrito, que suelo comprar en una herboristería, y nos pusimos a conversar sobre nuestra provincia. Digo “nuestra”, porque yo también me considero catamarqueño, de corazón. Y le dije a Don Ángel: “¡Qué cosa rara! Somos tres catamarqueños, usted, el Chango (en espíritu) y yo, hablando de los paisajes y de las tradiciones que nos son tan queridas... pero lo hacemos en un lugar que tiene más que ver con el mundo anglosajón, la Richmond, que con lo telúrico.” Su respuesta: “No vayas a creer, mi amigo. No te olvides de que hay una Londres en Catamarca, que lleva ese nombre en honor de María Tudor, esposa de Felipe II.”

“Además –siguió mi amigo– en San Fernando, la ciudad capital, hay un restaurante Richmond, en la calle República al 500, muy frecuentado por sus parroquianos.”



Acabado nuestro bello coloquio, salimos y me despedí de Don Ángel. Pero nunca me olvido de ese ratito tan feliz. Traté de fijarlo con muy sencillos versos.

A la mesa de un boliche
se sentaron dos changuitos
y recordaron al Chango
de todos más conocido.
“Es el que hizo las *Noches*”,
recordaba Don Carrizo.
Y apuraban entre copas
aires y versos sentidos.

EUFRASIO LÓPEZ

Fútbol catamarqueño

No sé tanto de balompié pero creo que Catamarca no es una provincia con equipos destacados en ese rubro. Tal vez, algún futbolista (pienso en Cata Díaz). Pero el otro día el popular cómico Rolo Villar, a propósito de un césped muy deteriorado, dijo: “A la cancha del club Los Bagres la llaman Paisaje de Catamarca, porque tiene mil distintos tonos de verde.” Siempre es bueno recordar a Polo Giménez y su tema, una suerte de himno catamarqueño. Pero otra relación, pues en nuestra provincia hay fuerte presencia quechua... y la palabra *cancha* justamente viene de allí.

R.L.